

# El Señor de los Sueños

Estábamos en el inicio. Yo era un espíritu libre en el mundo de los sueños puros, donde no hay sufrimiento y todo está hecho de encanto, donde se siente con felicidad la tibia presencia de nuestros ancestros y se espera con paciencia a los hermanos que volverán de su exilio en el mundo de los vivos.

Llegaba mi hora de exiliarme, de retornar al mundo de los vivos. Ninguno de nosotros tenía interés en nacer y enfrentar nuevamente la rigurosidad de ser, la soledad, la locura, los juegos del ego, el dolor de la guerra, el terror a los poderosos, la complejidad del amor, la injusta justicia humana, el maltrato a la naturaleza, la indiferencia ante los misterios del universo, y el hecho de morir.

El Señor de los Sueños, el indivisible, dentro de quien todos somos, frente a la Gran Puerta nos despedía antes de iniciar la jornada del llanto:

—Tu destino está escrito en tu mano derecha; en tu mano izquierda, sin embargo, está la posibilidad de que puedas cambiarlo con la fuerza de tus pensamientos, ya que eso serás mañana, serás lo que hoy piensas. Ayúdate con tu conciencia de ser y desarrolla el ignorado poder de la meditación. Debes saber que lo mejor de una vida pueden ser los sueños, que lo más hermoso no lo verás ni lo tocarás, que sentirás la tentación del odio y tan solo cuando llegues

a la vejez encontrarás paz. Yo no te guiaré, pero sentirás mi presencia cuando encuentres tranquilidad.

—No quiero tranquilidad, Señor. Quiero una vida intensa —le pedí.

—Te la concederé —respondió sonriendo, más enigmático que piadoso—. Pero recuerda que tus decisiones traerán consecuencias en tu vida y en la de aquellos que amas. Tus espíritus hermanos no te reconocerán y la soledad será tu amiga; lo que todos tienen tú no lo tendrás; la vida misma te perseguirá, los poderes te perseguirán; y será una vida corta, como la de Aquiles. Es más, te ofrezco el mismo pacto que hice con él: una vida intensa, pero corta. ¿Aceptas?

—Acepto.

—Si incumples, habrá consecuencias. Búscame entonces en la India. Deberás llegar a la Tierra de Kali, la sangrienta diosa que a través del mal hace el bien. Yo te encontraré. Considera que vivirás sobre la Vereda del Destino.

# El bueno y el malo

—Este hijo de puta se nos va de nuevo —dijo el rati Alfredo, fuera de sí.

El Jefe ni se inmutó, mantuvo la misma tranquilidad con que había bajado las escaleras.

—No, Alfredo, quedate tranquilo. Esta vez no se va. Dame la lista con las direcciones.

El Jefe tomó la lista y frente a la celda, con un movimiento de cabeza, le dio a entender al policía que estaba a cargo que abriera.

Yo no esperaba ver aparecer al Jefe. Para mí era una sorpresa ver esa mañana al bueno de la película. Permaneció parado en la puerta, sin entrar, y señalando un rincón me preguntó:

—¿Pero qué hiciste?

—Le dije que tenía que mear y no me dejó ir al baño.

—Venga para acá, limpie eso —rezongó el bueno del Jefe—, ¿cómo no lo va a dejar ir al baño?

—Sí, señor —acató el celdero sin levantar la cabeza ni la mirada.

En un trapo de piso viejo, el uniformado se llevó la extensa y esparcida meada.

El Jefe y yo nos miramos. Finalmente, después de dos días de arresto, empezaba la contienda.

—Está bien —dijo el Jefe—, te vas de nuevo. Pero antes vamos a traer por unos días al tío Carlos para hacerle

unas preguntas. Y vamos a traer a Érika, tu noviecita, que estudia veterinaria, tan rubia y delicada ella con sus veinte añitos viviendo con su amiga en el apartamento de Pocitos; este lugar no le va a gustar nada. Vamos a traer a Melquíades y a Elisa, que viven ahí en Rivera, en el apartamento c, y de paso a Melquíades le vamos a preguntar algo sobre el Partido Comunista, ¿te contó algo? Podemos traer a tus hermanas Griselda y María Pía, para que conozcan este lugar.

—Pía tiene diez años —precisé sin perder la calma.

—Sí, sí, tenés razón. Mejor las dejamos para el final y empezamos por tu abuela, que tiene ochenta.

—A la Abuela no la vas a impresionar —le dije mientras sonreía con seguridad.

—Sí, ya sé que a ella no, pero a vos sí. Si no me decís dónde la escondiste, esto va a ser un desastre; los vamos a traer a todos y sabés que la van a pasar mal. ¡No te vas a la calle de ninguna manera! ¡Esta vez todo el mundo sabe que estás detenido y yo no voy a pagar por vos! Es tu culo o el mío. ¿Qué decís? ¿Querés que siga con la lista? ¿Querés que te nombre a toda tu gente?

El silencio hacía el resto. El Jefe, más tranquilo, sacó una caja de cigarrillos y me ofreció uno. El Jefe no fumaba.

Lo tomé y me dio fuego.

—¡¿Qué decís?!

—Digo que vos sos bueno, muy bueno —contesté pausado, mientras levantaba el cigarrillo para pitar.

—No, no soy bueno y te prometo que de esta no se van a olvidar nunca. No importa el tiempo que pase; esta te va a quedar para siempre.

Mirándolo a los ojos pensé que yo ya estaba preso pero me quedaba la vida por delante; a él por delante solo le quedaba más de lo mismo.

—Está bien —rompí el silencio—. En el *garage* hay unos radiadores de calefacción apilados; buscá en los de arriba. Es poco, nada que les pueda servir. Lo poco que encuentres, eso es y no te preocupes por lo otro: yo me voy a encargar de que nadie se olvide.